

EL RELOJERO DEL COSO DEL ZORRILLA

En Valladolid, el tiempo no corre igual que en el resto del mundo. Aquí, el tiempo tiene un peso específico, una densidad que se siente en el frío que baja por el Pisuerga y en el eco de las piedras de la calle Fray Luis de Granada. Para don Julián, el tiempo no era una sucesión de segundos, sino un engranaje de bronce que custodiaba el pulso de la Plaza de Toros de Valladolid. Desde su pequeño taller, donde el olor a aceite mineral y sándalo lo envolvía todo, Julián recordaba su primer encuentro con el "Coso del Zorrilla". No fue como espectador, sino como aprendiz de su padre, cargando una caja de herramientas para ajustar el gran reloj de la plaza. Aquel día, la arena no era solo polvo; era un lienzo donde se escribía la historia de la ciudad.

—El tiempo en el ruedo, hijo —le decía su padre mientras ajustaba una manecilla—, no lo marcan las agujas, sino el compás del capote.

Don Julián entendió pronto que el toreo es, ante todo, una gestión de la urgencia y la pausa. No es lo mismo el segundo que transcurre mientras el astado humilla en el capote, que el tiempo detenido en un natural eterno. En el taller, rodeado de escapes y volantes, Julián buscaba esa misma armonía. Sabía que un reloj mal ajustado podía arruinar la liturgia: el clarín debe sonar con la puntualidad de un veredicto, y el tiempo de los avisos no admite la duda de un muelle flojo.

El relato de Julián se detiene en una tarde de septiembre, bajo el amparo de Nuestra Señora de San Lorenzo. La luz de Valladolid tiene esa propiedad única de dorar el albero de una forma que parece mística. Julián recordaba a un joven diestro, casi un niño, que esperaba en el túnel de cuadrillas. El muchacho, vestido de purísima y oro, no miraba al público; miraba al reloj. Buscaba la certeza de las seis de la tarde, ese umbral

donde la vida y la liturgia se abrazan. El chaval apretaba los machos con dedos nerviosos, mientras el murmullo de la plaza crecía como una marea de seda y expectación.

Aquella tarde, el encierro era de los que imponen respeto: toros con cuajo, serios de pitones, de esos que lucen el morrillo con la arrogancia de quien se sabe dueño del terreno. Julián, desde la pequeña ventana de la torre del reloj, observaba el paseíllo. El crujir de la arena bajo los pies de la terna, el brillo de los alamares y la sobriedad de los subalternos. Valladolid exige esa seriedad; aquí no se viene a dar pases, se viene a torear con la verdad por delante, con esa elegancia castellana que prefiere el silencio de un muletazo hondo al aplauso fácil de un desplante.

El primer toro salió con pies, un castaño que remató con saña en los burladeros. El joven diestro lo recibió con verónicas de manos bajas, ganándole terreno hacia los medios. Julián sentía que cada lance era un ajuste en la maquinaria del universo. Pero el clímax ocurrió en el tercer tercio. El toro, que había cumplido en varas y mostrado fijeza en banderillas, llegó a la muleta con una embestida franca pero exigente. El muchacho le puso la muleta en la cara, le ofreció el pecho y, con un temple que desafiaba las leyes de la física, ligó una tanda de naturales que detuvieron el aliento de los cinco mil presentes.

Fue entonces cuando sucedió lo impensable. En el momento en que el torero citaba para un pase de pecho, el gran reloj del Coso del Zorrilla se detuvo. El segundero, que había marcado el ritmo de la plaza durante décadas, se quedó anclado.

El silencio que se apodera del coso fue absoluto. No era un silencio de indiferencia, sino un vacío metafísico. Julián, ya anciano y con las manos curtidas por mil piezas minúsculas, sintió que el corazón de la ciudad había dado un vuelco. El tiempo mecánico había muerto, dejando paso al tiempo sagrado de la lidia.

Sin pensarlo, Julián subió a la torre del reloj con manos temblorosas. Sus piernas, que ya acusaban el paso de los inviernos vallisoletanos, subían los escalones de piedra con una agilidad recobrada. Desde allí arriba, por la estrecha aspillera, veía el ruedo como un círculo de oro perfecto. Veía al toro y al hombre fundidos en un solo trazo, ajenos a la avería, entregados a esa danza donde el error se paga con sangre.

El torero, ignorante de la pausa del reloj, seguía templando la embestida. El toro humillaba, metiendo los riñones, y el chaval le conducía con la bamba de la muleta, acariciando el hocico con el vuelo de la franela. Julián entendió entonces que su oficio no era arreglar máquinas, sino proteger ese instante de eternidad que la tauromaquia regala a la cultura española. El reloj se había detenido porque la belleza de aquella faena no cabía en un minuto de sesenta segundos; necesitaba un tiempo propio, infinito.

Con el sudor frío corriéndole por la nuca, Julián identificó el problema. Una pequeña brizna de arena, quizás volada desde el albero en una tarde de viento, se había colado entre los dientes del escape. Con la delicadeza de quien acaricia una herida, Julián retiró la impureza. Pero no dejó que el reloj arrancara de inmediato. Mantuvo el volante sujeto un instante más. Quería regalarle al torero un último muletazo sin medida.

Abajo, el diestro se perfiló para entrar a matar. El toro, agotado pero digno, lo esperaba con las manos igualadas. Fue un encuentro en la cumbre. El acero entró hasta la bola en lo alto, y el animal dobló sin puntilla, entregando su vida a la maestría de quien lo había lidiado con honor. En ese preciso momento, Julián soltó el engranaje.

El reloj volvió a latir. Las seis y veinte.

La plaza estalló. Pañuelos blancos cubrieron los tendidos como una nevada repentina. El muchacho, con las mejillas tiznadas de esfuerzo y gloria, dio la vuelta al ruedo cargado de trofeos, mientras Julián, desde su atalaya, sentía una paz profunda. Al

final de la tarde, con el sol poniéndose tras la cúpula de la Catedral y el reloj de nuevo en marcha rítmica, Julián comprendió que la tradición no es repetir el pasado, sino mantener vivo el fuego.

Valladolid, con su Ateneo y su plaza, no es solo un lugar en el mapa; es el guardián de una esencia que, como los buenos relojes, solo necesita un poco de cuidado para seguir latiendo. Para Julián, la tauromaquia no era solo el evento, sino su influencia cultural en los portales, en las tabernas donde se discutía de pitones, querencias y de la pureza del cite. Era un hilo invisible que unía a los poetas con los artesanos, a los jóvenes que sueñan con la Puerta Grande con los viejos que, como él, custodian la memoria de la ciudad.

Al bajar de la torre, Julián se cruzó con el joven torero que salía a hombros. Sus miradas se encontraron un segundo. El chico sonrió, tocándose el pecho. Julián asintió. Él sabía lo que nadie más sospechaba: que aquella tarde, por un breve y glorioso espacio de tiempo, Valladolid había sido eterna porque un relojero decidió que la belleza no tiene horario.